

## NECROLOGIA

### *PROSPERO OTAROLA TOSCANO (1927-1994)*



Conocí a Próspero Otárola cuando cumplía, en el Pabellón 20 del Hospital "Víctor Larco Herrera", prácticas del Curso de Psiquiatría que se dictaba, en verano, en la sexta matrícula del curriculum formativo de la Facultad de Medicina de San Marcos. Otárola tuvo oportunidad entonces para conocer, de manera más próxima, la psiquiatría clínica, entrevistando pacientes internados y de consulta externa, y preparando historias clínicas que se discutían por el equipo del flamante ser-

vicio que conducía certeramente el doctor Alfredo Saavedra Villalobos. Sobre todo, la discusión de los casos clínicos y su fundamentación, creaban una "atmósfera de ideas" estimulante para aquellos médicos sensibles a la varita mágica del "hada madrina" de la especialidad.

Vino después la elección de la tesis, en circunstancias en que, con el doctor Eduardo Ramírez del Villar, estábamos aplicando el glucagon en el despertar del coma insulínico terapéutico, "la cura de Sakel", para decirlo de una manera grata al Profesor Honorio Delgado. La "estación de insulina" tenía un ambiente especial, amplio y cómodo, donde una docena de pacientes estaban en los diferentes niveles de conciencia, principalmente el precoma y el coma, producidos por la insulina. El glucagon se empezaba a utilizarlo entonces en el tratamiento del coma prolongado, cuando el paciente no respondía a los procedimientos usuales (inyección endovenosa de glucosa hipertónica y administración oral de preparaciones azucaradas). Otárola

hizo su tesis de bachiller en medicina sobre los aspectos clínicos del glucagon, dentro de un estudio más amplio, generado en el Laboratorio de Neuroquímica de la Cátedra de Psiquiatría de San Marcos.\*

Continuó su trabajo en el Pabellón 20, ya en proceso formativo, que completó en una clínica psiquiátrica privada, entonces con una activa internación de casos agudos. Pasó posteriormente al Hospital "Víctor Larco Herrera", como asistente del doctor José Max Arnillas Arana, a los Pabellones 6 y 16 del Hospital. Se incorporó tempranamente a la docencia en la Cátedra de Psiquiatría de San Fernando.

Quiero en esta nota de recuerdo referirme solo al testimonio directo, personal. Viajamos juntos, con una copiosa delegación peruana, al IX Congreso de la Asociación Psiquiátrica de América Latina (APAL), reunido en La Habana, en 1977. Compartimos el mismo ambiente en el Hotel, en cuyas instalaciones se desarrolló el certamen. Durante 14 días participamos de las actividades programadas y, como suele suceder en estos casos, tuvimos tiempo para conversar ancha y demoradamente, en la semana previa al Congreso, a lo largo del hermoso Malecón Habanero, en las visitas a La Habana Vieja, a los museos, y la infaltable cita en el Hospital Psiquiátrico de Mazorra, viejo establecimiento sustituido por funcionales instalaciones, que pasó en poco tiempo del régimen custodial al tratamiento activo, de conformidad con los criterios actuales de la psiquiatría comu-

nitaria y social. También recorrimos los servicios médicos periféricos donde los especialistas enseñaban a los médicos generales una psiquiatría directa, que los capacitaban para seguir los casos hasta el término.

Me habló en la tertulia espontánea, de su experiencia de un año en Alemania, en disfrute de una beca, que aprovechó lo mejor que pudo. En particular relataba con humor la "sorpresa" que causaba en sus colegas germanos su audacia en el manejo de los enfermos mentales agitados.

Participamos en una junta directiva de la Asociación Psiquiátrica Peruana, en 1982. Otárola, como secretario general, tuvo destacada actuación en el VII Congreso Nacional de Psiquiatría, atendía con diligencia los múltiples retos del cargo y despachaba con celeridad la correspondencia, con el afán de su correcta redacción.

Ejerció la docencia en la instrucción pública mientras estudiaba medicina y cultivó, al par, la asistencia psiquiátrica y la enseñanza; en ésta, concluiría su ciclo como director de un colegio del Estado, lo que lo puso más cercano del drama de los estudiantes sin recursos. Emergente en el más noble sentido del término, "conquistó" la Capital, la Universidad y el Hospital. Fue director del Hospital "Víctor Larco Herrera" y al cese de este cargo, pudiendo acogerse a la jubilación, volvió a sus pabellones de origen, para continuar sirviendo al país.

Juan Francisco Valega llamaba a los principales accesos al Hospital de modo jocundo pero certero. Uno era "la avenida del visitante ilustre", con ingreso por la puerta principal; y otro la "avenida del psiquiatra desconocido", el entonces terroso y descuidado ingreso por la puerta

\* JAVIER MARIÁTEGUI, EDUARDO RAMÍREZ DEL VILLAR & CARLOS BACHMANN: "Glucagon in terminating insulin coma. Clinical and biochemical aspects". En *Biological Treatment of Mental Illness*. Ed. por Max Rinkel, pág. 694-714, L.C. Page & Co., New York, 1966.

lateral. Para "acortar camino", psiquiatras nativos, ilustres también como Otárola, llegaba a sus servicios por la más humilde vía.

Próspero Otárola tenía de su cepa aborigen lo que Hermilio Valdizán llamaba "el orgullo de los humildes", el más temible de los orgullos. Su procedencia andina favorecía el contacto con los enfermos indigentes y sus familias. La psiquiatría es la rama de la medicina que exige el más cercano contacto con el Otro, con los demás. Por rasgos de personalidad, Próspero Otárola Toscano es-

taba esencialmente destinado a ejercer, con capacidad, altura y modestia, la psiquiatría asistencial y la atención de los pacientes que tienen, en todas partes del mundo y acusadamente entre nosotros, la forma extrema de la pobreza que es la enfermedad mental.

Como el personaje de Shakespeare en *La Tempesta*, Próspero Otárola fue leal a su destino de servicio con idealismo. Devuelto a la tierra, al barro primigenio, libre de la envoltura corporal, evoquemos su imagen con el respeto de colegas y el afecto de amigos.

*Javier MARIATEGUI*